

VILLANUEVA DE SIGENA

La localidad de Villanueva de Sigena se encuentra a 56 km de Huesca, a 92 de Zaragoza y a 16 km de la capital de su comarca, Sariñena, en dirección hacia Fraga. Este término municipal se caracteriza por un clima desértico y un paisaje típicamente monegrino, donde destaca el monte repleto de pinares y arbustos que provocan un cambio drástico en el paisaje en relación al llano. No hay que olvidar que es la población natal de Miguel Servet, el descubridor de la circulación menor, o pulmonar, de la sangre que fue condenado a la hoguera por el fanatismo de Calvino.

Real Monasterio de Santa María de Sigena

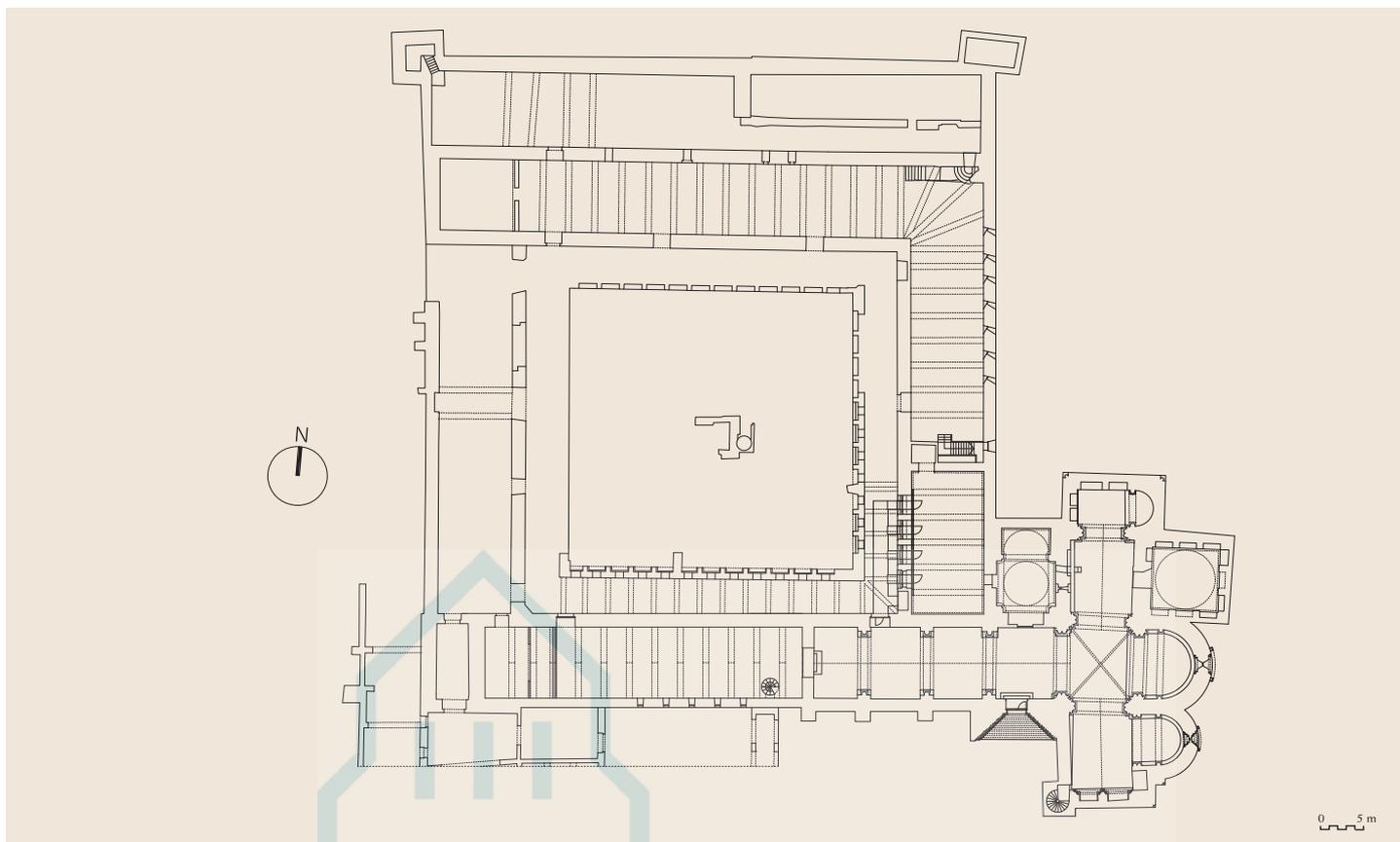
EL REAL MONASTERIO DE SANTA MARÍA ubicado en el término municipal de Villanueva de Sigena, a poco más de 1 km al sur de esta localidad, está situado en la margen izquierda del río Alcanadre, en un ensanchamiento de su valle que tiene lugar pocos kilómetros antes de que éste afluente desemboque en el río Cinca y que hace que dicho monasterio componga casi un pequeño oasis en las proximidades de la comarca semidesértica de los Monegros. Como observa Agustín Ubieto, el monasterio de Sigena se encuentra en una zona que fue de gran importancia estratégica en época medieval puesto que es equidistante de las ciudades de Zaragoza, Huesca, Barbastro (Huesca) y Lérida, y en la ru-

ta que llevaba desde Huesca y Barbastro hasta Lérida y Fraga (Huesca), siguiendo las principales vías fluviales cercanas (ríos Alcanadre, Isuela, Flumen y Cinca).

Al estudiar el avance de las tropas aragonesas, se detecta que esta región estaba necesitada en las últimas décadas del siglo XII de la existencia de una localidad o un monasterio que organizara su territorio. Los documentos más antiguos que se conocen en relación con el origen del monasterio de Sigena se remontan al mes de octubre de 1187, cuando Ermengol de Aspa, prior del Hospital de San Gil, concede a la reina doña Sancha, esposa del rey Alfonso II de Aragón, las villas de Sigena, Sena y Urgelleto para que fundara allí una casa para

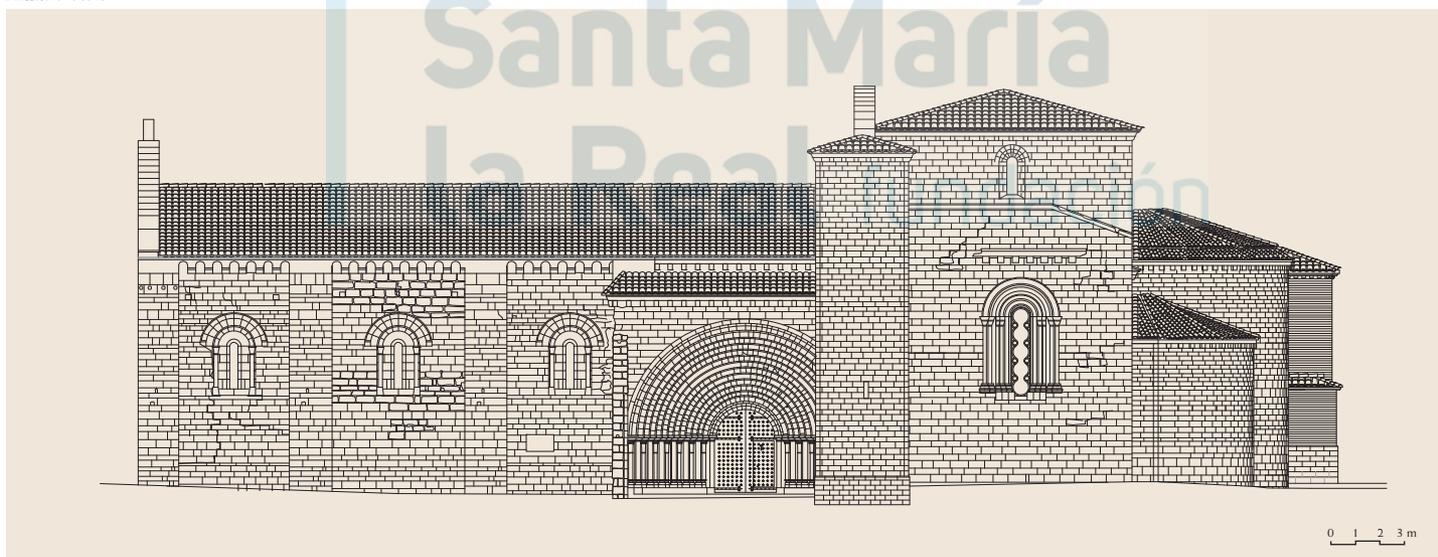


*Vista general
de la iglesia*



Planta del conjunto

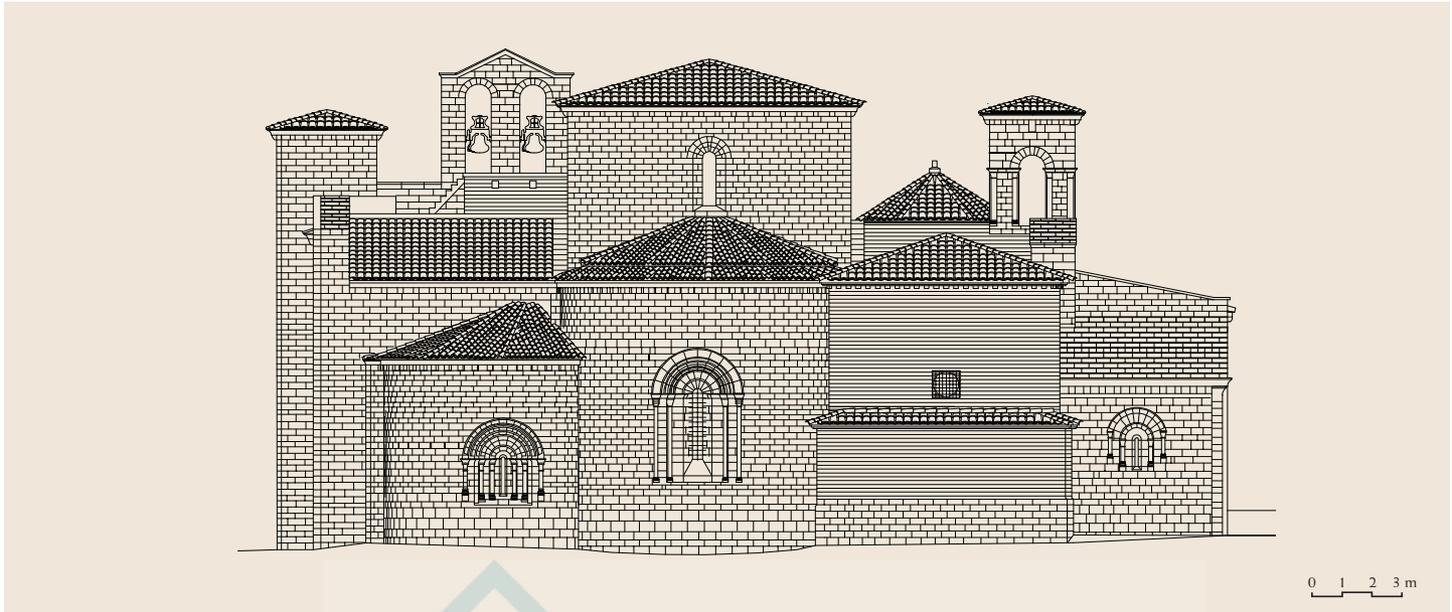
Alzado oeste



las monjas de la orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén, así como el castillo de Santa Lecina con el fin de que pudiera intercambiarlo a los Templarios por las iglesias de Sena y de Sigena. En marzo de 1188, la reina de Aragón doña Sancha adjudica el manso de Codogn al maestre de Amposta a cambio de la villa y monasterio de Sigena con Sena, Urgelleto y

Santa Lecina. En este segundo documento se precisa que la reina accede al cambio de propiedades para la construcción de un monasterio.

De este modo el conjunto monástico de Sigena comenzó a edificarse en marzo de 1188, fundándose la comunidad de monjas hospitalarias en abril de ese mismo año, fecha en



Alzado este

la que el rey Alfonso II concedía la villa de Candanos a dicho cenobio y a su esposa, la reina doña Sancha. El objetivo de esta nueva fundación era el de acoger a las damas nobles del reino en un ambiente de oración y realización de obras de misericordia. El 25 de octubre de 1191 la reina doña Sancha escribe desde Huesca a la priora del monasterio de Sigena, doña Sancha de Abiego, trasmitiéndole que se termine rápidamente la torre que se levantaba en esta fecha dentro del monasterio. Ricardo del Arco y Garay se preguntó si esta torre se podía identificar con la que actualmente se conserva adosada al lado meridional del transepto de la iglesia monástica; esto demostraría que en esta fecha las obras del templo estarían ya bastante avanzadas.

Sea o no cierta la suposición de Del Arco, la mayor parte de la iglesia debía estar concluida en 1196, puesto que en octubre de este año la reina se dirigía de nuevo desde Daroca a la priora, doña Beatriz de Capraria, instándole a que prohiba que las personas laicas se sienten durante los oficios divinos en el coro, a excepción de las mujeres de la familia real, y en especial de su hija doña Constanza, reina de Hungría. Así pues, deben pertenecer a la primera etapa constructiva del cenobio sigenense la iglesia abacial y la sala capitular, ya que sólo estos dos espacios monásticos están levantados en su totalidad con el mismo tipo de piedra sillar, y además por las evidentes semejanzas que existen entre la decoración de la ventana del ábside de la iglesia y la de las puertas occidentales de acceso a la Sala Capitular. En 1208, la reina doña Sancha murió y fue enterrada, como ordenaba en su testamento, en la capilla de San Pedro, situada en el extremo norte del crucero de la iglesia, momento en el que pasó a ser Panteón Real.

Este año de 1208 fue profundamente significativo para la historia de este monasterio aragonés, ya que además de su

Ventana del ábside central





Ventana del brazo sur del crucero

transformación en Panteón Real se añade que fue también en este mismo año cuando la reina Constanza contrajo nupcias con el rey Federico II de Sicilia. Tras la muerte de la reina doña Sancha, el monasterio de Sigena siguió obteniendo beneficios de las estrechas relaciones que mantuvo con este cenobio la reina doña Constanza de Sicilia, que debió jugar un papel fundamental en el patrocinio de la sala capitular. Doña Constanza fue primero reina de Hungría por su matrimonio con el rey Eimerico y tras quedar viuda contrajo matrimonio con Federico II Barbarroja de Sicilia. Gonzalo M. Borrás Gualís y Manuel García Guatas han sistematizado estas relaciones a partir de varios hechos testimoniados por la documentación escrita.

En primer lugar, en una firma del testamento del rey Alfonso II de Aragón de abril de 1196, el monarca dejaba a su hija mayor, Constanza, que entrara al monasterio sigenense, dándole una dote de 6.000 sueldos. En segundo lugar, por una carta ya mencionada de octubre de 1196, doña Sancha instaba a la priora del monasterio a que hiciera prevalecer el derecho de su hija Constanza de permanecer durante los oficios litúrgicos en el coro frente a la presencia inadecuada que hacían de este lugar algunas personas laicas. Este documento instaba a las monjas de Sigena a que consolaran a

doña Constanza, reina de Hungría, lo que también ayuda a demostrar que en esta fecha se encontraba la hija de los reyes de la Corona de Aragón en dicho monasterio. En tercer lugar, en abril de 1208, la reina Sancha prometía desde Ceste a la priora Ozenda del monasterio de Sigena que acudiría a Sigena con su hija doña Constanza y en compañía de doña María de Montpellier, reina de Aragón, para la fiesta de la dedicación del templo.

En cuarto lugar, en 1213 recibió sepultura en el monasterio de Sigena el cadáver de Pedro II de Aragón, fallecido en la batalla de Muret. Pedro II era hermano de Constanza de Sicilia y pasó así a acompañar los restos de su madre, Sancha de Castilla, que por su matrimonio con el rey Alfonso II había sido reina de Aragón. Las otras hermanas de doña Constanza, doña Dulce y la condesa doña Leonor, también fueron enterradas en el Panteón Real de Sigena. Finalmente, y en quinto lugar, el 10 de abril de 1217, doña Ozenda, priora de Sigena, recibió para su custodia cuatro cartas relativas a la dote y a los esponsales de la reina Constanza de Sicilia. Las posibilidades económicas como mecenas de la reina Constanza no debieron sino aumentar, cuando su esposo el rey Federico II Barbarroja de Sicilia, accedió al título de emperador del Sacro Imperio Germánico en 1209. La reina Constanza de Sicilia falleció en 1223, lo que supuso la consumación del período de mayor prosperidad y esplendor del monasterio de Sigena. Concluía con ello esta primera gran época en la que se inserta su dimensión románica, aunque le esperaba una complicada e intensa historia que no estaría exenta de graves atentados a su patrimonio como el incendio de sus estancias provocado en el verano de 1936.

El Real Monasterio de Santa María de Sigena, fundado antes de acabar el siglo XII, ha recorrido la historia de Aragón como un símbolo de la vida espiritual y manifestación de la grandeza de su reino. Su fábrica inicial, las sucesivas reformas y ampliaciones, así como la dotación ornamental y litúrgica recibida a lo largo de los siglos lo convirtieron en un monumento esencial de la herencia cultural de los aragoneses.

El conjunto monumental se encontraba en la Edad Media franqueado por dos torreones en su fachada norte que le daban un cierto aire de fortaleza, de los que actualmente sólo quedan algunos restos de la base de su perímetro. Al de la izquierda se le llamaba torre de Azcón, y al de la derecha torre de Urriés. La entrada al monasterio se abría desde el muro este, al igual que en la actualidad. En este mismo muro, distinguimos ya los ábsides central y lateral del lado de la epístola de la iglesia.

LA IGLESIA

El templo, litúrgicamente orientado, está construido en piedra sillar de buena calidad y de color en general uniforme. En origen poseía una única nave rectangular, transepto y tres ábsides semicilíndricos que se abrían a él, aunque fue amplia-

da con la adición en el lado norte del transepto del Panteón Real. Por su parte, el ábside del evangelio desapareció en el siglo XVIII y fue sustituido por un espacio levantado en ladrillo que alberga los enterramientos de algunas de las monjas de la comunidad.

El ábside central ilumina el interior por medio de una ventana de doble derrame y arco de medio punto con finas arquivoltas en baquetón, encuadrada por una ancha moldura decorada con piñas y motivos vegetales. El lateral presenta un ventanal abierto en medio punto y de doble derrame, con seis arquivoltas abocinadas que descansan sobre pilastras y tres parejas de columnas con capiteles cúbicos. El ábside que corresponde al lado del evangelio, fue mandado derruir por la priora doña Josefa de Montoliu, para la construcción de un departamento de estilo barroco destinado al enterramiento de las monjas. En el exterior se aprecia también la ventana que se abre en el hastial meridional de la nave del transepto, formada por una serie de arquivoltas en arco de medio punto, enmarcadas por una moldura decorada con roleos, que se

apoyan sobre una imposta adornada con los mismos motivos. Las arquivoltas se apean en ocho columnas de fuste cilíndrico con capiteles historiados y la luz del arco presenta un perfil sinuoso; el ventanal aparece cobijado bajo una cornisa y tejazoz de sencillos canecillos.

La fachada de la iglesia es de líneas muy sencillas, sin elementos historiados, a excepción de la serie de arquivoltas al modo lombardo que sustentan la cornisa, apeándose en ménsulas decoradas. En el muro sur destacan unos poderosos contrafuertes, ligeramente más grises. Entre ellos se abren los vanos de la iglesia, bajo los que se albergaban, a poca altura del suelo, los sepulcros en piedra de Pedro II de Aragón y sus caballeros, que fueron profanados por las tropas napoleónicas en 1809.

La imponente portada eclesial, abierta en el lado sur del primer tramo de la nave, fue ordenada construir por Jaime I por parecerle pequeña la primitiva puerta de entrada a la iglesia, aunque la obra no se ejecutaría hasta el reinado de Pedro III en 1282. Presenta portada abocinada con catorce arquivol-

Portada de la iglesia





Interior de la iglesia



Panteón Real

tas de baquetón de medio punto, que se apoyan sobre columnas de fuste cilíndrico y capitel liso. La cornisa del tejazoz se apoya sobre canecillos simples. Al lado, se abre un arcosolio vacío, que cobijaba una tosca urna románica sostenida por cuatro columnitas, donde se dio reposo a los restos de don Rodrigo de Lizana, caballero que murió en la batalla de Muret junto con el rey Pedro II y otros nobles aragoneses. Dicho sarcófago desapareció a mediados de los años 70 del siglo XX.

En el ángulo suroeste del brazo sur del transepto se levantó un sólido torreón pétreo, de planta rectangular, que acoge una escalera de caracol iluminada por sencillas aspilleras, que da acceso a las cubiertas, y una espadaña de dos ojos con arco de medio punto que acogen las campanas.

La nave de la iglesia está dividida en cuatro tramos mediante pilastras con semicolumnas adosadas, en las que apean los arcos fajones apuntados que sostienen la bóveda, indicando ya una fecha tardía de ejecución; las semicolumnas adosadas presentan plintos de sección cuadrada y capiteles, lisos o decorados con temas vegetales y geométricos. Estas pilastras se reflejan en el exterior en robustos contrafuertes. La iluminación del templo se realiza a través de cuatro vanos que se abren en el muro sur además de los ya comentados en los ábsides, ornamentados a base de columnas de capiteles vegetales e historiados y arquivoltas y baquetones con motivos vegetales y geométricos. Los ábsides se cubren con bóveda de cuarto de esfera. En las paredes del ábside central se

conservan restos de pinturas muy dañadas, lo mismo que la Epifanía que se conserva en la pared del lado de la epístola.

En el crucero observamos la linterna, donde se abren cuatro vanos que iluminan esta zona, cubierta con bóveda de crucería sobre arcos torales. En el lado del evangelio destaca el Panteón Real, hoy convertido en capilla, que hoy presenta el pavimento rebajado y permite la contemplación de los plintos de sustentación de las columnas pareadas dispuestas en el arco apuntado que da acceso al Panteón. En el Panteón descansaron, antes de ser profanados, los cuerpos de la reina doña Sancha, esposa de Alfonso II, su hijo el rey Pedro II y sus hermanas doña Leonor, condesa de Tolosa, y doña Dulce. No se conservan restos de las pinturas que adornaban este Panteón, ni las de los sarcófagos y de las que hablaban con todo elogio Lascuarre y Varón. El Panteón presenta dos arcosolios en el muro oeste y otros dos en el muro norte, y al Este se abre el ábside. En el brazo norte del transepto puede apreciarse la embocadura, cegada actualmente, del arco que daba acceso al destruido ábside norte, demolido por orden de la priora doña Josefa de Montoliu para construir una estancia de planta rectangular que alberga los enterramientos de algunas de las monjas de la Orden.

A los pies de la iglesia se abre el refectorio, con diez arcadas apuntadas, que fue restaurado a mediados de los años 90. Actualmente es utilizado para el culto por la Orden que habita en el monasterio. Seguidamente se ubicaban la cocina y los vestíbulos, hoy desaparecidos.



Refectorio



Dormitorio



Ángulo del dormitorio con el "arco palmera"

CLAUSTRO

Desde el fondo del muro norte de la nave del templo, se accede al claustro, el cual era de planta cuadrada y poco elevado y sus tramos cubiertos con bóveda de medio cañón, con arcos de refuerzo. Esta zona está restringida actualmente por ser clausura y tan sólo se conserva la crujía adosada al refectorio. En torno a él se distribuían las diferentes estancias monásticas dejando al aire libre, en el centro, un enorme patio. El primitivo claustro tenía catorce arcos de medio punto soportados por columnillas con capiteles lisos en cada una de sus naves. Poco a poco, las distintas edificaciones que se fueron levantando sobre él provocaron la necesidad de fortalecer los soportes, apareciendo así los actuales arcos de medio punto sobre pilares pétreos.

Antes de 1936, año en el que se incendió y destruyó la mayor parte del monasterio, el conjunto de edificaciones del cenobio sigenense tenía un aspecto muy diferente al actual. El incendio destruyó todas las edificaciones situadas sobre la planta principal y parte de las edificaciones antiguas. Tras el desescombros hoy queda un patio abandonado, rodeado por dos alas del claustro y las ruinas de las otras dos.

En una parte del ala situada al norte del claustro se dispuso el dormitorio de las monjas "medias cruces", mientras que el resto estaba reservado para dormitorio de las "dueñas" o "cruces enteras", aposento que se prolongaba por el lado este, compartiendo el espacio con la sala capitular. En este antiguo dormitorio llama la atención la combinación de los tres arcos del ángulo unidos en un solo haz adosado al muro, conocido como "arco palmera". En paralelo a la crujía septentrional del claustro, más al norte de los dormitorios, se dispuso otra ala

en paralelo con éstos, que fue ocupada por un patio y por las dependencias que la reina doña Sancha habitó hasta su muerte. Luego fueron habilitadas como dormitorio y enfermería.

Por lo que respecta al lado oeste, en él se disponían el noviciado y el locutorio, ocupando un ángulo el acceso al palacio prioral y a la zona extraconventual. En el lado sur estaba la cocina y junto a ella se localizaba el refectorio, que era un magnífico salón de veintisiete metros de longitud, ya señalado anteriormente, y que actualmente se utiliza como capilla de las monjas. La mayor parte de estas dependencias, de planta rectangular, se cubrían con techumbre plana de madera, con ricas y distintas labores que eran soportadas por arcos diafragma pétreos, que hoy, a falta de techumbre, pueden verse en toda su extensión y magnitud.

LAS PINTURAS DE LA SALA CAPITULAR

A principios del siglo XIII y bajo el mecenazgo de la reina Constanza de Sicilia, hija de doña Sancha y Alfonso II, se construyó la sala capitular, una de las estancias más emblemáticas del monasterio. Se accede a ella desde las arcadas del claustro, a través de una serie de cuatro arcos abocinados de medio punto que conforman su entrada. Ricardo del Arco describe la sala como un espacioso salón de 16 m de longitud que, en su opinión, debió de ser más largo y simétrico respecto al acceso. Cinco arcos apuntados transversales sostenían la antigua techumbre mudéjar, plana de madera dorada y policromada, y entre ellos se abren estrechos vanos, uno de ellos circular, al muro medianero del claustro, que dan paso a la luz.

En la sala capitular del monasterio de Sigena, se encontraba el conjunto mural del siglo XIII, el de mayor calidad de su época, no sólo en los reinos hispánicos sino en todo el Occidente europeo. Bajo las llamas desapareció en agosto de 1936 este conjunto artístico medieval, anterior a 1220, y que hoy conocemos gracias a las fotografías en blanco y negro que se realizaron en el mismo año del incendio. Junto a estas fotografías hay que indicar que el pintor oscense Valentín Carderera realizó en 1866 una acuarela sobre esta sala capitular, en la que podemos contemplar cómo estaban las pinturas. Los restos se conservan actualmente en el Museo de Arte de Cataluña, a donde llegaron después de ser arrancadas del monasterio en 1945 y donde permanecen al parecer sin ningún título de propiedad que pueda justificar su presencia en el mismo a juzgar por la documentación conocida.

Las pinturas, cubiertas hasta 1882, están realizadas al temple y muestran importantes influencias inglesas, aunque los especialistas se inclinan por pensar que sus autores serían pintores italianos, a causa de los importantes rasgos bizantinos que podemos detectar en ellas, y que pudieron ser enviados desde Sicilia por la hija de Alfonso II y doña Sancha, la princesa Constanza que había estado casada con el rey Federico II de Sicilia. En todo caso el maestro que pintó o lideró el taller que las pintó, es anónimo y lo conocemos como Maestro de Sigena.

Las pinturas ocupaban toda la estancia y representaban episodios del Antiguo Testamento, así como los antepasados de Cristo, que aparecían en los intradoses de los arcos, con catorce representaciones en cada uno de ellos. En el arranque del primer arco, al Noreste, cuando se arrancaron las maltrechas pinturas tras su incendio durante la Guerra Civil, permanece un fragmento en el que vemos a uno de los ancestros de Cristo con su descendencia. Concretando la descripción de las mismas, hay que partir de la clave de este programa iconográfico: tres ciclos se suceden para explicar la presencia del Mesías en el mundo.

El primero es el ciclo del Antiguo Testamento, compuesto por veinte escenas que estaban repartidas por las enjutas de los arcos fajones comenzando por la Creación de Adán y la de Eva y concluyendo en la Unción del rey David. Entre las dos se podían ver escenas con la admonición de Dios en el Paraíso, Eva tentado con la manzana, la expulsión del Paraíso, la escena del ángel enseñando a trabajar –como castigo– a Adán, las labores diarias de Adán y Eva, las ofrendas de Caín y Abel, la muerte de Abel, la construcción del Arca de Noé, la entrada de las parejas de animales en la misma y el Diluvio Universal, la embriaguez de Noé, el sacrificio de Isaac, la derrota de los egipcios en el paso del mar Muerto, la columna de fuego contemplada por los israelitas, Moisés recibe las Tablas de la Ley, el pueblo adorando el Becerro de oro y el momento en el que Moisés con sus vara hace brotar agua de la roca.

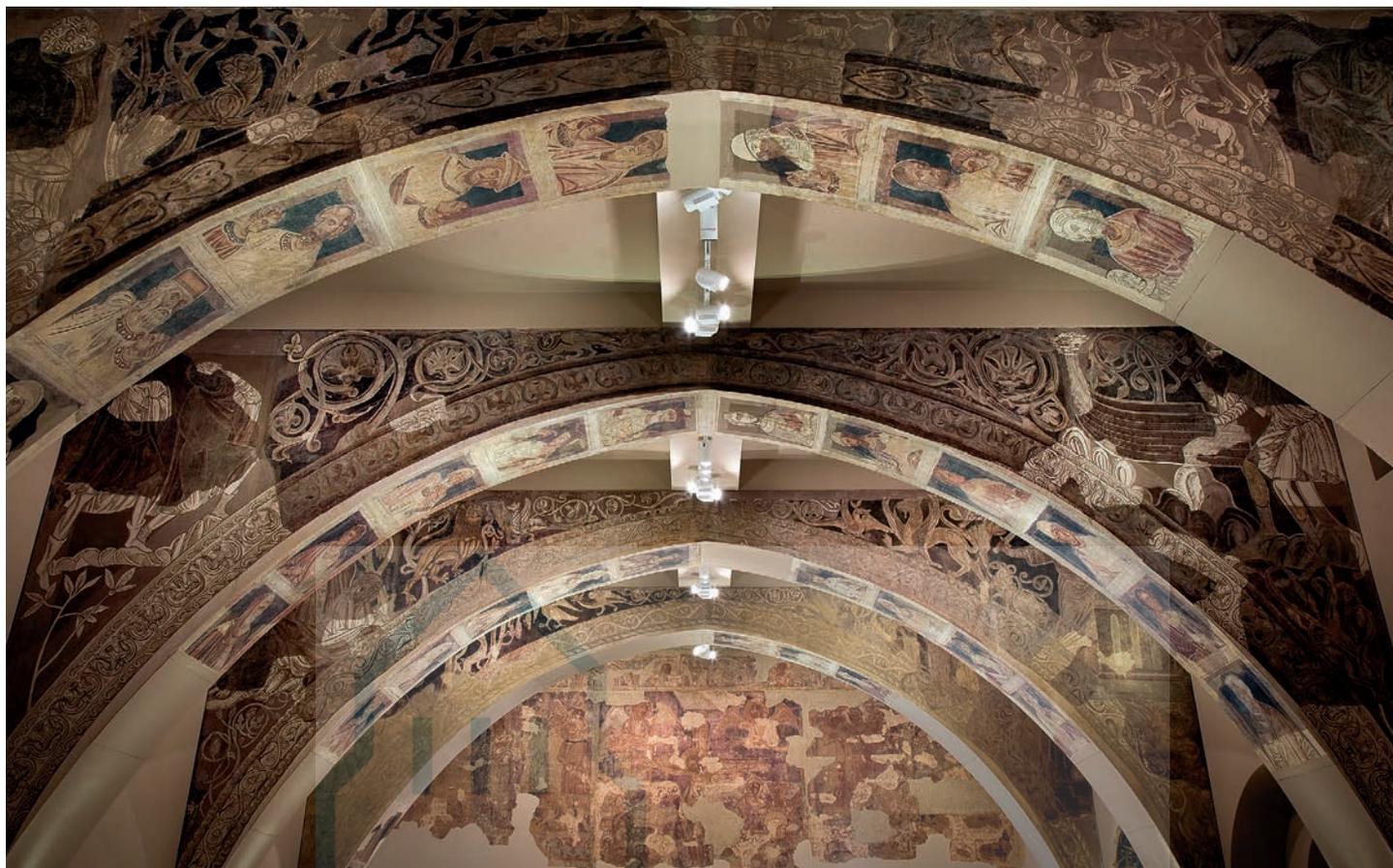
En el intradós de estos mismos arcos fajones que ofrecían las escenas del Antiguo Testamento se nos presentaban



Sala capitular. Restos e improntas de las antiguas pinturas murales

una serie de personajes, en total setenta, que constituyen lo que conocemos como los antepasados y precursores de Cristo y que formaban el ciclo conocido como la Genealogía de Cristo. Cada arco albergaba catorce figuras que comenzaban en Jesé, el padre de David, y concluían en el propio Jesús de Nazaret. Hoy solamente conocemos de todos ellos una veintena.

El tercer ciclo se refería a las escenas que nos recordaban los grandes momentos del Nuevo Testamento, que el pintor había dispuesto en los muros perimetrales de la sala capitular repartidas en once escenas que comenzaban el relato de la vida de Cristo en la Anunciación y concluía en la descripción del momento en el que Cristo baja a los infiernos para liberar a los justos, escena muy del gusto de la baja edad media. Junto a estas dos se incluyeron las de la Visitación a santa Isabel, el Nacimiento en Belén, la adoración de los pastores, la presentación del Niño en el templo, y comenzando la vida pública las de la Tentación de Cristo, la Resurrección de Lázaro, la Flagelación, la Crucifixión, y el momento del dolor de María ante el sepulcro. Hay que destacar que en sus orígenes las escenas fueron más, pero en el trascurso del tiempo fueron desapareciendo algunas de ellas, siendo estas las que han llegado hasta nosotros.



Museu Nacional d'Art de Catalunya. Pinturas de la Sala capitular de Santa María de Sigena
 (© MNAC-Museu Nacional d'Art de Catalunya. Barcelona. 2012. Fotógrafos: Calveras/Mérida/Sagristà)

SALÓN DEL TRONO

Para concluir, una breve referencia a una de las estancias que más realce dio al monasterio: la Sala Pintada o Salón del Trono. Esta estancia formaba parte del conjunto de edificaciones que conformaban el Palacio Prioral que mandó construir la priora doña Blanca de Aragón, en el siglo XIV y que se encontraba fuera del claustro, en la zona sur del mismo. Era la sala más importante y, en consecuencia recibió muchas denominaciones, desde la de salón del trono a la de sala pintada, por las pinturas que la decoraban y que pintó el cartujo fray Manuel Bayeu immortalizando en sus paredes retratos idealizados de las prioras que habían gobernado el monasterio. Esta sala era de grandes dimensiones (14 m de fondo por 7 de ancho), espacio necesario para que sirviera de escenario donde la priora y su séquito recibían a los visitantes notables,

en una lujosa estancia en cuyas paredes mostraban valiosos y majestuosos tapices y que se cubría por techumbre abovedada de madera.

Texto y fotos: EHB - Planos: NTM

Bibliografía

AA.VV, 1997b; ALBAREDA PIAZUELO, J., 1957; ARAMENDÍA, J. L., 2001c, pp. 123-138; ARCO Y GARAY, R. del, 1942, pp. 394-412; ARRIBAS SALABERRI, J. P., 1975; ASUA, M. de, 1931; CABAÑERO SUBIZA, B., 2000; FUENTES Y PONTE, J., 1890; GARCÍA GUATAS, M., 2006, pp. 196-198; PALACIOS SÁNCHEZ, J. M., 1980; PANO Y RUATA, M. de, 2004; SÁINZ DE LA MAZA, R., 1994 y 1998; UBIETO ARTETA, A., 1966d; UBIETO ARTETA, A., 1986b; VARÓN, M. A., 1773.